

LOS LIBROS

HIJUNA... , por *Carlos Sepúlveda Leyton*,

Es arriesgado hablar de novelas nacionales. Se hace necesario rodear el tema a fin de no comprometerse demasiado, o caemos en el lugar común irresponsable o hablamos de otra cosa que de la novela. Sin embargo hay que convenir en que es un género que, va creciendo, desarrollándose, con lentitud tal vez, pero seguramente.

Yo no creo, en particular, que la obra de arte se produzca por generación espontánea. Seguramente ella viene dando pasos desde muy lejos, a través de muchos libros inadvertidos u olvidados, empujada por la labor anónima de otros trabajadores, alimentada por el ardor de otras vidas. De este modo podría hacerse la genealogía rigurosa de todos los grandes libros.

La novela nacional, de cuya existencia se habla de vez en cuando como de lo único concreto suyo, no se producirá entre nosotros sino cuando su recorrido pre-natal esté terminado, cuando existan respirando todos los elementos orgánicos que han de constituirla.

Un paso en este sentido es, sin lugar a dudas, el libro de Carlos Sepúlveda Leyton cuyo título encabeza estas líneas. En esta obra se nota, a nuestro juicio, de manera patente la huella de una futura gran novela chilena.

La elocuencia española y el atildamiento sudamericano han perdido en un tráfigo de palabras y de posturas forzadas los

caractéres más bien definidos de nuestro ámbito. A fuerza de trabajo literario, a fuerza de abundancia de recursos idiomáticos y retóricos el tema novelesco no ha podido levantarse entre nosotros. Linfático y contrahecho, el tema literario no ha logrado una vida propia que le permita subsistir aparte de los límites escuetos de su artificio.

Y es que nada hay más difícil que hechar a andar creaturas vivas por el mundo de la ficción. Su soplo vital no es tanto cuestión de sabiduría como don de raza, instinto creador designado.

Muchas veces hemos pensado que la novela chilena no ha de salir del cultor literario profesional, del periodista de talento, ni del profesor de gramática, por más estimables que estos sean en su trabajo. Necesariamente, ha de nacer «en otra parte», donde las formas tradicionales de la vida han impreso una huella virgen, allí donde el hecho cotidiano adquiere su sentido más puro y resonante, donde sin advertencia alguna estos hechos insignificantes están colocados con la precisión de las ruedecillas de un reloj y tienen la importancia de los símbolos del zodiaco.

Lo que el libro *Hijuna* añade a la novela chilena es esa pureza de instinto trabajada hacia dentro. Espontaneidad y profundidad. Fidelidad. El autor es dueño del secreto de sus personajes, por sí propio, que es tanto como decir, a pesar de él, aparte de él. Puede, pues, hablar interminablemente de cada uno de ellos, sin repetirse aproximándonos cada vez más al ser infinito que describe.

Y he aquí todavía ciertos perfiles abstractos: ajenos a la novela chilena, que aparecen por primera vez en este libro. Carlos Sepúlveda ha dado a sus personajes esa tercera dimensión que no está en los hechos descritos ni en las palabras. Eso que anda entrelíneas, subjetivo y evasivo; se desprende de hechos al parecer accidentales a veces, pero se siente su presencia y su vacío.

La existencia real de lo novelesco depende en alto grado, de esta trastienda de los libros. Es allí donde los personajes empiezan, solamente, a moverse para el lector.

Hijuna tiene, en este sentido, una atmósfera, amplia y fructuosa. Seis o siete personajes presentados por el autor quedan parados, desde el primer momento, para no confundirse.

Yo no creo que este libro sea una novela lograda, pero, es evidente que hay en él unas cuantas cualidades legítimas que no se ven corrientemente en nuestros autores. Se nota en seguida otra sensibilidad para concebir y describir, ni vacilación ni preámbulo; «Después un futrecito pálido, con una ropa negra muy escobillada, con los zapatos muy lustrados (los pantalones le quedan un poco cortos) hace «hablar» el violín. Toca una y otra vez. Música de violín quiere la gente, y música tocada, arráncada a sollozos, en trinos, en carcajadas, desde el fondo de ese aparatito insignificante, rojo, de largo cuello y de cabeza pequeña, pálida la mano ligera en las cuerdas; pálida y mórbida la mano segura en el arco y mucho más pálido y sosegado el rostro del futrecito metido en su ropita negra, los pantalones un poco cortos, los zapatos muy lustrados».

«—Es un artista—musita Lucía...»

Su manera indirecta de producir la presencia de un tipo lleno de acontecimientos, es maestra por su concisión y laconismo: «En la mesa. Enrique se aísla un momento y monologa»:

—Si le llega a pegar a mi padre...!

Mi buena madre carcajea:

—Tu padre...!

Enrique, pálido y con un orgullo de toda su carne, ataja y corta el desdén de mi buena madre con un ademán decidido de irse:

—Es mi padre...! Y nadie sabe...

Se ennoblecce el rostro de mi buena madre, y dice:

—Qué te pasa...? Come, niño...

Mi perro, correctamente sentado en el trasero, recibe en un tarascón de toda su boca lo que yo le tiro.

Vuelve mi buena madre a su tema:

—Hay que trabajar y sudar... ¡Y todo para comer...!

Enrique un poco herido, defiende:

—Eso es lo malo... ¿Trabajar...? Yo sé que mi padre no es flojo... Lo que pasa (se pone triste), lo que pasa... ¡Es que no hay pa qué..!

Nunca más se nos olvidará la figura conmovedora del violinista., nunca más olvidaremos la estampa dramática de ese hombre que pasa los días tendido al sol, junto a la puerta del conventillo.

Y es un mundo entero como este que anda entre las páginas de Hijuna. La limitación del libro empieza cuando estos personajes van a intervenir en la narración, entonces se suelen confundir de pronto, les falta que hacer, es como si entraran en una atmósfera polvorienta.

Y es que falta proporción en muchas cosas, pero, no se puede insistir sobre ello porque no es lo que decide la categoría de la obra. Hay que consignar como un defecto de importancia, sí, cierto lirismo familiar de no muy buena calidad que enturbia a veces sus mejores páginas.

Hijuna, empero, trae a la novela chilena, muchos atributos de alto valor literario, genuinos, de la más pura originalidad de expresión que deben crecer en nuestras letras y ser cultivados. El criollismo, en nuestro país, ha creado una serie de tipos ficticios que actúan, hablan, aman y mueren de una manera convencional y monótona que no tiene porvenir. A este respecto el libro que comentamos es un síntoma de salud.--TOMÁS LAGO.

